

CAPITULO XIV

Los monederos. — Resolución. — Quejas de un padre. — Amalia la bulli bulli. — El incógnito.

Pepe y Tacho llegaron al pueblo después de la oración, dieron un silbido cerca de la casa, y al instante se abrió el zaguán y apareció Camila de franelas con una carita muy festejosa, diciendo : — Ahí está un pozo, D. Pepe, no se vaya á caer, cuidado con el perro que anda suelto, no lo vaya á dejar sin pan-torrillas, y otras mil chanzonetas satíricas porque ya hacía tiempo que no había vuelto; cuando estuvieron en la sala, después de los recíprocos abrazos con todos, lo primero que preguntó Camila fué : — ¿Déme razón, D. Pepe, cómo está mi jefe Astucia? — Le fué tan mal en el alojamiento que no le han quedado ganas de volver, lo mismo que á mis demás hermanos. — Parece que el que más le interesa es el tal jefecito, ¿no es verdad?

— Sí, para qué lo he de negar, lo quiero mucho porque no apesta á chinche como los demás; voy á disponer la cena mientras Manuel los informa de lo acontecido. — ¿Pues qué ha sucedido, Manuel? — Hombre, que tanto va el cántaro al pozo hasta que se queda dentro; después de haber dado bastante guerra el maldito Grillo ayer á la madrugada lo pasaron por aquí cincuenta dragones porque ofreció si le conmutaban la pena, entregár á sus cómplices, y según nos ha dado por las narices quién sabe cómo le vendrán las botas á D. Gaspar su pariente; yo luego ensillé y á pesar de haber puesto su telégrafo las mujeres, me fui derecho para la barranca del Zopilote y allí con el espejo les soltamos á vds. el galgo pues calculaba que vendrían en camino, y no por darle al violín le dieran al violón causándoles algún trastorno, también mandé á mi tla-

chiquero para que se fuera á una vista emboscándose por ahí, volvió hoy al medio día y me dijo que habían cateado todo el rancho de la Soledad en busca de D. Gaspar, al cual siempre lo hallaron en Tecorrales, que se lo llevaron en unión de otros dos que estaban haciendo tlacos falsos, con todo y herramientas, que continuaron derechos para el puerto en donde sin mucha ceremonia fusilaron al Grillo y lo dejaron colgado en un ocote, cortaron por el pinal y se fueron derechos para el valle con su nueva presa.

— Gracias á Dios que salimos de esa canalla, dijo Pepe, á pesar de que todavía puede causarnos el tal D. Gaspar más de cuatro disgustos, tienen esos malditos mucha raíz y no es fácil exterminarlos de pronto, se corta el tronco, se quema, y siempre salen retoños, ¡qué semilla tan maldecida! Apenas acababa de decir eso Pepe cuando se percibió el galope de un caballo, y luego un fuerte toquido en el zaguán, se paró presuroso á abrir y fué entrando Astucia, que habiendo encontrado el rancho vacío y la novedad del arresto de D. Gaspar, dejó provisionalmente á Felipe el hijo de Ciriaca cuidando, mandó con el arriero avisar á los demás de lo ocurrido, y se bajó para el pueblo á medía rienda á juntarse con los otros antes de que partieran, como también á disponer lo que fuera conveniente.

Al entrar Camila cargada de cazuelas las dejó precipitada en la mesa, gritando : — ¡Albricias, albricias! ¡ya pareció Juan perdido! ¿A qué santo le enciendo la lamparita por este milagro? Y abrazó á Astucia con entusiasmo. — Sabes, Camila, que Tacho se está enfoscando. — No hace mucho que nos has declarado que quieres mucho á Astucia porque no apesta á chinche como los demás, y ahora se te conoce á una legua el regocijo que te causa su presencia. — Es cierto, y por si se le olvida se lo repetiré; en cuanto á Tacho, si es que se enfosca como vd. dice, ya se cuidará de demostrarlo, porque no hay cosa que más me choque que un hombre necio, demasiado me conoce, y yo le aseguro, D. Pepe, que está la lena verde para que pueda arder con semejante ocoté aunque el diablo la sople, Astucia es amado de mi amado, y por lo mismo amado por mí. Siguieron bromeando un rato y tomando la palabra Astucia le dijo á Manuel : — Mi principal objeto al venir aquí, ha sido ver si le

conviene á vd. manejar el rancho de la Soledad ó tomarlo en subarriendo con las mismas condiciones con que lo tenía D. Gaspar, que son sumamente ventajosas, pues con nosotros tenía vendidas sus cosechas de cebada y algún maíz, con el gasto que le hacíamos de cocina nos pagaba las rentas, y le quedaban libres todas las labores, esquilmos de leña, carbón, raspa, crías, etc., sin que le hicieran falta los pastos reservados de arriba que tenemos apartados para que agosten nuestras mulas. Vd. nos merece entera confianza, es nuestro amigo, ha sido de la rama, y todos tendremos mucho gusto en que mejore de situación. — Señor Astucia, contestó Manuel, cuanto tengo y cuanto valgo, lo debo á la generosidad de los Hermanos de la Hoja; les pertenezco en cuerpo y alma, y vd. puede, mi jefe, disponer de mi persona como guste. — No, amigo mio, sino como á vd. le ofrezca mejor conveniencia. — Es inconcuso que de subarrendatario; pero eso me es imposible, no cuento con ningún fondo para hacerme de apero y mueble y sin él, perdería el tiempo. — Pues entonces no hay que hablar más, mis hermanos siempre aprueban lo que yo hago, y en este supuesto le pondremos la espuela, por lo pronto con trescientos pesos que hay nos irá devengando con pasturas ó como pueda, y si acaso necesitare más, avíseme, que mi ánimo es auxiliarlo de cuantos modos nos sea posible.

No hallaba Manuel voces con que demostrar su agradecimiento y lo mismo Mariquita su esposa; pero Camila los quitó de su cuidado diciendo: — Gracias, charrito, y para que vea que somos agradecidos tenga. Y empezó á darle de abrazos diciendo: Este para Pepe el Diablo, éste para Chepe botas, y así fué dándole uno para cada uno, hasta que terminó con uno más apretado que lo hizo trastabillar, diciendo: Y éste para su jefe, para Astucia mi hermano.

Acabada aquella escena quedó decidido que Manuel fuera el subarrendatario, que allí le dejarían en poder de Felipe los trescientos pesos para que si le convenia comprara á la familia de D. Gaspar sus animales y existencias, y en caso de que faltara dinero contara con el fondo común de los Hermanos de la Hoja, que mientras se arreglaban algunos negocios que tenía pendientes, y había persona que fuera á reclamar los intereses

de D. Gaspar, quedara Felipe de simple cuidador bajo las órdenes y vigilancia de Manuel. Después de esto se pusieron en marcha. — Yo no sé qué presentimiento tengo, dijo Pepe desprendiéndose de los brazos de Camila y haciendo del ojo á sus compañeros, prosiguió: — Quién sabe si por ahinos espera algún peligro, esa misma corazonada ha tenido Tacho al salir de la villa. — Adiós, adiós, respondió Camila, ¿pues de cuándo acá andan vds. con corazonadas y temores? no faltaba más sino que ahora se volvieran maricas, no, señor, alma grande y confianza en Dios. — ¿Qué de veras tienes miedo, Tacho? — Yo no sé lo que tengo, contestó para llevar adelante la burla, pero siento cierta inquietud y desazón que... — Que debes desechar como mal pensamiento, y la verdad la verdad, si empiezas con esos remilgos y corazonadas vale más que tires las calzoneras y te pongas un zagalejo, no te juntes con los hombres, y no te me pares delante porque yo no puedo ver á los cobardes. — Con una piedra matas muchos pájaros, Camila, replicó Pepe. — Mejor que mejor, al que le venga el saco que se lo ponga, ya lo dije.

Al despedirse de Tacho lo abrazó con el entusiasmo de siempre diciéndole quedito: — No me olvides, y que Dios te ampare. Viendo á su genio festivo salió á cerrar el zaguán animándolos con mil dichos, burlándose de sus presentimientos y riéndose de ellos. Se detuvieron un poco de orden de Pepe, que mirando luz en la ventana de la pieza de Camila, apeándose, dijo: — Vamos á espiar lo que hace esa taravilla. Se arrimaron sin hacer ruido y vieron por una rendija á Camila, que después de encender una vela de cera se puso arrodillada delante de una imagen de la Virgen, y con mucho fervor empezó á rogarle que cuidara de los Hermanos de la Hoja y principalmente del tierno objeto de su amor, acabando por limpiarse con la mascada los ojos en que asomaron sus lágrimas, y como reconviéndose á sí misma, exclamó: — *Si ya en tus manos encomiendo su suerte, Madre mía, ¿por qué me apuro?* soy una tonta, tal vez ese mal intencionado de D. Pepe ha querido meterme miedo para burlarse de mí, es tan chancero; pero si también Tacho lo afirmó, y Astucia se quedó formal, ninguno es cobarde, ¿qué sucederá, Dios mio? este cuidado me va á tener muy inquieta hasta que vuelvan. Y hablando sola otras mil cosas, se salió para las otras piezas.

Tanto afligió á Tacho el estado de su querida que quiso tocar la ventana para desengañarla, pero le conoció la intención Pepe y tomándolo de un brazo lo separó de allí. — Hombre, dijo Tacho, ¿para qué la hemos de dejar en ese cuidado? — Para que más gusto le cause el verte volver sano y salvo, marchemos. Se pusieron en camino y Pepe le dirigió la palabra á Tacho diciéndole: — ¿Dime, hermano, cuál de las dos mujeres que te aman es más sincera? Adelita al despedirse ha demostrado su dolor dándole el patatús, tal vez esperando que la cogieras en brazos y le hicieras los acostumbrados cariñitos con que la alivias, mientras la nana te entompeataba lo del arreglo del matrimonio culpando tu frialdad; ésta nos ha echado la mula y mofado riéndose de nuestras corazonadas; aquélla quiso que la vieras padecer cayendo en los brazos de la madre, ésta excusa su cuidado con risotadas, y cae á solas de rodillas implorando en tu favor los auxilios divinos. ¿En cuál de las dos adviertes más pruebas de amor? ¿quién es la que más se interesa por tu suerte, y obra con sinceridad? Prescinde de interioridades, Tacho, piensa con juicio, el corazón jamás engaña, no te alucine el lujo y ostentación, no te embriague el artificial aroma de las esencias y perfumes, si por allá te brindan interés y dinero, por aquí te dan pruebas evidentes de un verdadero cariño, tal vez aquel patatús fué fingido, mientras que en lo que has visto no hay ficción, estudio ni coquetismo. ¿Qué no te ha dado en qué pensar el empeño de doña Pomposa en que seas tú su yerno?: para que esa señora que presume tanto fausto, admira emparentar con un pobre arriero, con un público contrabandista, ha de tener algunas miras secundarias que tal vez refluyan en tu perjuicio, ó en el de tu familia: ¿qué así no más se le da gusto á una hija caprichosa que ya cuenta más años que tú, y se ofrecen cuantiosos intereses sin más que por tu linda cara? Desengánate, hermano, te han visto cara de guaje, te tienen por un ranchero simplón y serías el instrumento de miras bastardas ó tal vez el que cubriera algún yerro lamentable de la niña, una fragilidad de las que pocas románticas se escapan, y te digo que harías muy bonito papel por cierto; adonde tu padre te ha hecho esa prevención, alguna razón poderosa le asiste, muchas reflexiones podría hacer en contra de la Adelita, y doble



¡De rodillas, miserable!

tanto en favor de Camila ; pero no eres tan niño que las ignores, necesito tu resolución, y para tomar ó no parte en estos asuntos, dime definitivamente ¿por cuál te determinas?

— Por Camila, Pepe, por Camila y que cargue Judas con Adela, doña Pomposa, y D. Tranquilino. — Corrientes, pues á la vuelta de este viaje que seguramente será el último que echemos porque ya las aguas nos lo impiden, mientras agostan los hatajos, yo me veré con tu padre y te ofrezco á fe de hermano y buen amigo, arreglar todo.

Cuando regresaron, hicieron lo que tenían de costumbre, se quedó el Jato en la Soledad, y un hermano y dos arrieros se fueron con la mulada á que agostara en rancho Viejo, los cuales eran relevados cada semana, se nombró el turno y Astucia acompañado de Tacho Reniego, dos arrieros con una mula de equipaje y dos caballos de mano, regresaron hasta Jantelco, para volver recogiendo el dinero de la rama que por todo el camino habían dejado fiada. Pepe el Diabolo marchó para San Felipe á arreglar con el señor Garduño, como lo había ofrecido el negocio de Tacho, y los demás compañeros partieron para sus casas á visitar á sus familias.

Efectivamente, Pepe se le presentó al señor Garduño quien sabiendo que estaban de descanso, ya extrañaba que no lo fuera á ver, le dijo que Tacho había partido con el jefe á recoger dinero y que por lo mismo no volvería pronto; de aquí comenzó á enredarse la conversación hasta el punto que Pepe la deseaba, pues el señor Garduño le dijo echando un suspiro y exclamando: — ¡Ay, amigo mío! ese muchacho me está acabando la vida, valía más que se hubiera quedado por donde andaba; yo ya estaba muy contento mirando que en estos tres años que hace que volvió al redil, está progresando, es hombre de bien y trabajador, pero, amigo, está decretado que no me sirva más que de martirio, y eso me tiene muy afligido.

— ¡Cómo, señor Garduño! ¿qué le ha vuelto á dar á vd. en qué sentir? preguntó Pepe haciéndose de las nuevas. — Sí, D. Pepe, y en alto grado, vd. es mi mejor amigo, tiene influjo sobre Atanasio y yo quisiera que en obsequio de nuestra buena amistad le dé un consejo, le patentice su error, y evite que vaya á hacer la calaverada más grande del mundo, y darme una

fuerte pesadumbre. — Explíquese vd., señor Garduño, cuénteme sus aflicciones, y no me suplique sino mande. — Pues contando con la buena disposición de vd., D. Pepe, voy en el seno de la amistad á confiarle mis penas, á hacerlo juez de mi causa. Vd. es imparcial, franco, y tiene interés en el bienestar de su hermano, de mi hijo Atanasio; vamos al negocio. Entre tanto como aspira el hombre alcanzar en este mundo, dos cosas he procurado siempre conseguir aun á costa de mi existencia, y conservarlas como legado hecho por mis antepasados, y son la primera, ocupar un lugar de hombre honrado en la sociedad, y la segunda proporcionar para mi familia lo que pueda con el sudor de mi rostro, sin que mi conciencia me acuse de haber causado mal á nadie; la suerte me ha favorecido, y he conseguido ambas cosas con las que pensaba morir tranquilo y dejar á mis hijos un corto pero legal patrimonio.

Entre todos los parientes y descendientes que llevan mi apellido, ha habido como en todas las familias de bueno y de malo, pero cosa singular, D. Pepe, todos hemos tenido igual orgullo, ninguno ha dado qué decir de su persona, todos hemos procurado mantener sin mancilla el nombre de Garduño, ninguno ha sido infamado ni señalado con el dedo, antes por el contrario, no se cuenta de la raza, sino cosas honoríficas, hechos de valor, de patriotismo que han sido celebrados por gentes de buen discernimiento, dándonos mucha honor mi primo Manuel que fué arzobispo de México. Pues bien, amigo D. Pepe, ese orgullo de ser honrado, sólo acabará en mí cuando Dios me quite la vida, y no he de consentir que ninguno lo mancille, yo tenía fundadas mil esperanzas halagüeñas en que Atanasio en la carrera literaria hiciera algo, salió mi cálculo errado, el muchacho no le inclinaron los estudios y se perdió el tiempo, quiso ser labrador, lo puse al tajo, y cuando iba á ponerlo de mayordomo y aliviar su situación para que tuviera algún descanso, se me largó á correr la tuna, volviendo después de cinco años con una mula flaca y un tercio fiado de tabaco, por casualidad no se me pervirtió, yo no quería recibirlo, estaba mi amor propio ofendido, no había hecho una gracia; luché y por fin triunfó mi amor paternal, no sin satisfacer mi cólera con una buena tranquiza.

Cuando ví que por ese giro que tiene podía buscar un peso, lo he fomentado, jamás he tenido ánimo de prestarle nada sino de dárselo, y por tenerlo algún tanto amarrado y ver cómo se conducía, he estado manteniéndolo en la inteligencia de que sólo fué prestado, y recibiendo los abonos que me ha traído; porque no estuviera ocioso el dinero, he procurado volteárselo, tomé en arrendamiento unas tierras, ya tengo guardada una cosecha de cebada y las milpas de Atanasio van muy bien logradas; quería el día menos pensado sorprenderlo con que se encontrara aquí con dos ó tres talegas de pesos, sin que menoscabasen nuestros bienes. Pero, amigo mío, todo me ha desconcertado ese muchacho con haberse enamorado de una niña que labrará para él su segura desgracia, y para mí una eterna afrenta, un baldón, y el más grande deshonor. No sé cómo demonios ha venido á dar por aquí esa maldecida doña Pomposa que como la mala hierba, hasta los animales la repugnan, ignoro el cómo fué Atanasio á relacionarse con ella, y sólo la fatalidad pudo hacer que se enamorase de su hija. Ya está el negocio tan adelantado, que la abominable vieja ha comenzado á disponer todo lo concerniente á la boda, y como el último que sabe las cosas es el... ya vd. me entiende, aunque yo trate de evitarlo echándola de padre, adonde el muchacho tonto meta cabeza, hace lo que se le antoje, se burlan de mí, desconoce mi autoridad, y damos un escándalo endemoniado.

— Pues vea vd. lo que son las cosas, señor Garduño, yo pensaba que Atanasio iba bien, una muchacha de buenos principios, de familia decente, rica y que lo quiere con pasión, creo que no se encuentra así no más.

— No es vd. el primero que me lo dice, D. Pepe, engañan mucho las apariencias, yo conozco bien todos los antecedentes de esa mujer, y por no ponerla en evidencia, me he cuidado de publicar quién es, cómo se llama y qué casta de gente es la que se nos ha venido á encajar aquí, pero á vd. le estoy descubriendo mi corazón, le voy á comunicar todo, como antes se lo dije, en el seno de la confianza, y espero se lo reserve porque yo no difamo á nadie sea quién fuere.

La señora doña Pomposa, la tierna madre de ese inocente ángel de candor, la rica propietaria, la caritativa, la muy cris-

tiana mujer, tan relacionada, de fina estirpe, de tan noble descendencia, tan ilustrada y elegante, no es otra más que *Amalia la Bulli bulli*, la tapatía más prostituida y escandalosa; no hay parte ni población regular donde no haya dado que hacer á la justicia por su desenfreno; eran tres hermanas á cual más relajadas, cada cual con su sobrenombre, á ésta le decían Bulli bulli; no hay en México ni en cuantas partes ha estado, quien no esté enterado de su depravada conducta, y como ha sido mujer pública es fuerza que en el público, no falte quien le saque sus trapitos al sol; ¿qué tal será mi doña Pomposa, ó por decir mejor, la desvergonzada Bulli bulli, que esa niña Adela ignora quién fué su padre, y creo que la misma madre no lo sabe?

Yo la conocí perfectamente por una casualidad, que sin duda me iba á causar una pesadumbre, desde entonces procuré siempre conservar en mi mente su fisonomía, habiéndome afectado tanto aquel lance, que no han bastado veinte años para que se me borrara. Es el caso que, entre los muchos abajeños que por aquí pasan con partidas, tenía yo amistad con un joven llamado Julio Palma, que entonces tenía como veinte años ó poco más, era así, poco más ó menos, de la estatura de vd. y aun tenía por lo pronto alguna semejanza; yo quería ir á México, y por tal de irnos juntos, violenté mi marcha, nos alojamos en el mesón del Chino y la partida se situó en Aragón, mi amigo Palma como joven era alegrón, y al venirse una noche para la posada á donde yo lo esperaba para irnos juntos al Coliseo, se encontró con la tal Amalia que andaba en las calles muy ampona buscando pichones, se lo llevó para la calle de Venero en donde había un capullo de esas langostas; lo vieron de botas de campana, les contó que era fuereño, la echó de vanidoso y les sonó unas cuantas onzas que llevaba en la bolsa, luego luego combinaron todas hacerle una de las jugadillas que acostumbraban, lo comprometieron á gastar, mandaron traer que merendar y sobre todo, que beber, con tal necedad se empeñaban en que tomara licores, catalán, pulque y cuanto le brindaban, que le hicieron entrar en malicia, fingía que bebía y que se le trastornaba la cabeza, pero con mucho disimulo examinó la pieza, tanteó la puerta, y en vano buscó el puñal que llevaba en la bolsa del costado de su cha-

queta, ya se lo habían zopiloteado sin sentirlo; cuando las malditas lo creyeron de sazón, la primera que se lo echó encima para asegurarlo armada de tamaña navaja, fué la dicha Amalia, á quien de un solemne bofetón aventó mi amigo lejos, cayendo á gran distancia patas arriba; se encendió el tumulto, parecía Palma toro embolado, apenas se quitaba á una, cuando ya otra le acosaba; Amalia más atrevida, se le cerró, le tiró algunos navajazos que recibió en la manga que se enrolló en el brazo izquierdo; pudo agarrarle la mano y no con poco trabajo logró desarmarla, aunque á costa de recibir en los dedos una cortada, se le afianzó entonces á los araños y mordidas plantándole una en la mano izquierda, y él solo pudo quitársela á empellones y manazos; al pegarle uno de ellos, se le atoró en los dedos un arete de esos chinescos que usaba la maldecida, lo estiró recio y se le rasgó la oreja del lado izquierdo, en otro zoquetazo á la vez que una buena patada, volvió á caer la fiera aturdida; esto alarmó á las demás que corrieron en su socorro, y aprovechando Palma aquel momento, se salió para la calle; el lance fué violento, muy poco se redujo al dicho, todo fué de hecho, y excepto los rugidos de Amalia, que bramaba llena de rabia, nada se percibió en la calle de semejante ataque; llegó mi amigo al mesón todo desgarrado de la camisa, con las manos ensangrentadas, la dragona de la manga toda tasajeada, contándome sus aventuras y presentándome los trofeos de guerra quitados en el más reñido combate, en cambio de su puñal, una navaja que parece daga y un arete machucado, contándome todos los pormenores y dando gracias á Dios por haber escapado de semejantes furias infernales. Al momento nos salimos con un criado todos armados, fuimos á la accesoria, y aunque dimos mil empujones y rondamos la calle, no encontramos ni quién nos diera razón de las malditas.

Lo mismo aconteció en los días subsecuentes, conservándose cerrada la accesoria y con un papel que decía: «se arrienda»; mi amigo tenía necesidad de seguir adelante con su partida de mulas, y dejándome aquellas prendas para ver si averiguaba yo algo del paradero de esas lagartijas nos separamos, yo tomé con empeño la encomienda y después de andar la ceca y la meca, me encontré con la tal Amalia la bulli bulli en un lupanar de

por Sta. Inés, adonde hacían pie sus hermanas, tenía la cara amarrada y en la oreja descubierta le vi pendiente el otro arete igual al que yo tenía en la bolsa, quise presentarme á la justicia y promoverles un mitotito, pero mi amigo se había largado, y aunque las pruebas que tenía yo podrían hacer alguna fe, temí que tal vez no consiguiera mi objeto de que la castigaran y perder el tiempo y el dinero, marqué desde entonces su fisonomía, supe su vida y milagros y me volví para mi casa; en la calle se presentaba de traje blanco muy ampón, y en la casa de china, con la camisa muy desgogada y pierna pelada. Es guadalajareña de las mentadas tapatías, y ahora viene aquí á querernos hacer comulgar con ruedas de molino.

Desde el primer día que yo la vi al salir de misa cuando legó á la villa, luego luego la conocí, á pesar de su traje largo, tápalo de lana, su libro y rosario en la mano, agarrada del brazo de ese borrachón que ha de haber sido de su ralea y hoy lo tiene como perro faldero, porque, amigo, « aunque la mona se vista de seda, si no muda de especie, mona se queda. »

Pues ahora bien, figúrese vd. qué estómago me haría y cuál sería mi sorpresa al saber que mi hijo, el único de mi familia que transmitirá mi apellido, está loco enamorado de la hija de un ignorado padre, y de Amalia la bulli bulli, la escandalosa tapatía. No dudo que haya vuélto sobre sus pasos, que hoy edifique con su ejemplo, que la suerte favoreciéndola la haya sacado de tan degradante esfera, que su hija sea la virtud andando, en fin, que sea una santa, todo puede ser, Dios es muy misericordioso, sus altos designios son incomprensibles; yo seré el primero que la venere con fervientes oraciones, pero, amigo mío, eso será cuando pasados cien años la canonicé el Papa, y entretanto no me apeo de mi macho, estoy en mis trece y repito, que primero me quite Dios la vida, que consentir en que se empañe el honor de mi apellido que me legaron mis padres, y lo transmitiré aunque pese al mundo entero del mismo modo; antes le pego un tiro á ese muchacho loco, que dejarlo emparentar con semejante familia, el empeño de esa mujer no se me oculta, quiere darle á su hija no un marido sino un apellido, como es tan conocida en México, no puede figurar en la clase á que aspira, quién sabe si esa languidez de

la niña proviene de algún mal que le haya valido algunos pesos, es imposible que la hiel produzca dulce, D. Pepe, « de tal polo tal astilla, mala la madre, mala la hija, y peor la sábana que la cobija. »

Ya sabe vd. cuáles son los motivos que tengo para repugnar semejante entroncamiento, á vd. lo hice como mi amigo juez, espero su fallo y me someto resignado á lo que sentencie, ¿tengo ó no razón? ¿debo consentir ú oponerme? vd. decida.

— Con mucha justicia, amigo Garduño, se ha mostrado vd. renuente, y yo en su lugar haría lo mismo; pero ¿para qué más misterios? confianza por confianza, deseche vd. sus temores, vuelva la tranquilidad á su espíritu, Atanasio no ama á esa señorita Adela, me lo ha contado todo, y por último le he arrancado su resolución, esto no ha sido más que una red hábilmente tendida para pescarlo, la mujer ésa es una lebrona, sus sospechas de vd. no carecen de fundamento, y hemos meditado todos los pormenores y Atanasio no queriendo darle á vd. en qué sentir, no piensa volver por aquí hasta que yo le haya quitado este lazo; así se lo he ofrecido, y yo quisiera, amigo mío, que me ayude á meditar el modo menos comprometido para quitarnos esa avispa que le ha dado tan malos ratos. — Si tal cosa consigue, D. Pepe, se lo agradeceré en el alma, y ya que trata de eso, no me parece por demás advertirle mis temores; como estaba resuelto á oponerme de todos modos, no se me ocultó que agraviada esa mujer porque sus planes venían á tierra, pusiera en juego sus perversas maquinaciones, la conozco bien, sé de cuánto puede ser capaz y mucho me temía que interpusiera ese influjo que tiene y su dinero en perjudicar á mi hijo, que sin duda yo conseguiría persuadir sin más que contarle lo que á vd. le he dicho. Mirando la hermandad de vds. también suponía que tomarían parte, y no ponía dificultad ninguna en que creciendo el asunto en mayores proporciones, les tocara un ramalazo de la venganza de esa furia infernal; á fuerza ese apantallado les ha de haber dicho quiénes son vds., cuál es su giro y si se ofrece hasta del camino que llevan y las precauciones que toman, todas esas noticias en poder de una mujer de esa clase, son armas temibles, y una denuncia ó cualquiera otra traición me sería muy sensible y difícil de evitar, necesitamos sangre